



...NABOKOV, Por Maribel

Orgaz

Vladimir Nabokov nació en San Petersburgo en 1899. Nabokov provenía de una familia riquísima, cuyo padre era un ministro de Alejandro II. La infancia y adolescencia del escritor es propia de un cuento de hadas. Fue el hijo predilecto de sus padres (iy abuelos!), hasta límites que cualquiera de nosotros censuraría... pero esto visto posteriormente, también tuvo su aspecto positivo porque fortaleció su auto confianza hasta el extremo de permitirle sobrevivir en un exilio durísimo. Quizá con otra infancia, no hubiera podido afrontar las penurias que pasó junto a su mujer y a su hijo, errando de Berlín a París y recalando, finalmente, en EEUU hasta que emigró una vez más a Europa, a Suiza, en donde se asentó hasta que murió en 1977. Leyendo los recuerdos

de Nabokov jamás hay amargura por el exilio, quejas por el bienestar material que dejó en Rusia. Un poco de ironía, bastante resignación y un encogimiento de hombros: porqué lamentarse por algo que no podía cambiar. A Berlín llegó en 1919, junto a su familia. Mientras el padre vivió la situación no fue muy mala. Desde Alemania, Nabokov fue enviado a estudiar un par de años a Cambridge, periodo que él recuerda sin demasiado entusiasmo porque la vida universitaria en grupo nunca fue de su agrado. Había sido demasiado rico y demasiado mimado, así que estaba empapado hasta los huesos de elitismo y tontería. Las cosas se torcieron definitivamente con el asesinato de su padre, al que pegaron un tiro por error.

Nabokov dejó sus estudios y volvió a Berlín a ganarse la vida. Fue entonces cuando adoptó el pseudónimo de Vladimir Sirin y comenzó a escribir con cierto éxito entre los rusos emigrados que por aquel entonces formaban un grupo bastante numeroso. Aunque era un hombre políglota jamás aprendió alemán y la tarea de escribir tuvo que simultanearla con las clases de boxeo, de prosodia y de ajedrez. Cuando se casó en 1925 con Vera Evseievna hubo periodos en los que el trabajo de ella era la única fuente de ingresos de cierta

regularidad. Visto posteriormente, es admirable que Nabokov pudiera escribir al ritmo que lo hacía en medio de una situación tan incierta (a la que se sumó el nacimiento de su hijo Dimitriv en 1934). Sin embargo, él que siempre creía en la bondad fundamental de la vida (una cualidad que si bien no cambia las cosas, ayuda a sobrellevarlas) declaró posteriormente de este periodo: "Aunque no había dinero suficiente, quizá, para automóviles, abrigo de pieles, diamantes y otras manifestaciones vulgares de la riqueza, los Nabokov siempre habían tenido lo suficiente para pagar un alojamiento limpio y cómodo, así como buenos alimentos, incluido todo el zumo de naranja que un niño de corta edad era capaz de beber". Viniendo de alguien cuyos veranos se repartían entre tres magníficas fincas solariegas y cuya casa habitual era un palacio en San Petersburgo, tiene su mérito. A los momentos difícilísimos del exilio ruso, se sumó el nazismo: otro motivo para huir porque Vera era judía.

Dejaron Berlín y se fueron a París, de donde no les quedó más remedio que escapar también, hacia EE.UU. Allí fue profesor y vivió tranquilo y seguro con su familia, hasta que en 1955 apareció su novela Lolita. En la simpleza que caracteriza a muchos juicios sobre una obra artística, Nabokov

fue calificado de inmediato como pederasta, así que la familia recogió sus cosas y se marchó a Suiza, en donde vivió en un hotel hasta el día de su muerte. Quizá este hombre encontró un día el secreto para vivir una vida plena en la incertidumbre del exilio cuando escribió un poema a la que sería posteriormente su mujer: "El anhelo, y el misterio, y el deleite, y como una lejana súplica.../ Mi corazón ha de seguir viajando. / Pero si has de ser mi destino..." Toda la obra de Nabokov tiene una constante y sencilla dedicatoria: "A Vera". Pudo escribir, su gran vocación, tuvo un puñado de amigos fieles y encontró una buena compañera, ambos amaron profundamente a su hijo. ¿De qué podía quejarse?